

LOCKE

PENSAMIENTOS

— ACERCA DE LA EDUCACION

*Edición
186*

TRADUCCION Y NOTAS

FOR

D. BARNÉS

PREFACIO, BIOGRAFIA Y CRITICA

FOR

H. QUICK

(H) EDITORIAL HUMANITAS

SECCIÓN IX. §§ 88-94

Cualidades necesarias de un preceptor

§ 88. Si le encontráis que piense estar en el lugar del padre mismo, que se encargue de su cuidado y que, aprobando las cosas de que he hablado, se aplique desde el comienzo a ponerlas en práctica, encontrará después muy fácil su trabajo; y creo que no tardará en reconocer que vuestro hijo ha hecho en poco tiempo mayores progresos en su cultura y en su educación de lo que quizás imaginéis. Pero no le consintáis pegar a vuestro hijo en ninguna ocasión sin vuestra dirección y consentimiento; al menos hasta que hayáis experimentado su discreción y su temperamento. Para que conserve toda su autoridad sobre su discípulo, dejad ignorar a éste que no tiene la facultad de usar el látigo, y tened cuidado de tratarle con el mayor respeto, obligando a vuestra familia a hacer lo mismo. No contéis con que vuestro hijo respete a su preceptor si lo ve poco apreciado por vosotros, o por su madre, o por otras personas. Si le juzgáis digno de vuestro menosprecio, es que habéis hecho una mala elección. Y, por

poco que dejéis ver ese menosprecio, vuestro hijo no dejará de hacer otro tanto; y, en tal caso, por grande que sea el mérito del preceptor, por grandes que sean sus talentos para cumplir su misión, todo se perderá para vuestro hijo, y jamás le será de ningún provecho.

§ 89. Del mismo modo que el ejemplo del padre debe enseñar al hijo a respetar su preceptor, del mismo modo el ejemplo de éste debe estimular al niño a las acciones cuyo hábito quiere inculcarle. Su conducta no debe desmentir jamás sus preceptos, al menos que no quiera pervertirle. No servirá de nada que el preceptor le hable de la necesidad de reprimir las pasiones, si él mismo se abandona a alguna de ellas; y, en vano procurará reformatar un vicio o una inconveniencia de su discípulo, si él se la permite a sí mismo. Los malos ejemplos se siguen más seguramente que las buenas máximas. El preceptor debe, pues, proteger con cuidado a su alumno contra el influjo de los malos ejemplos, y, sobre todo, contra el más peligroso de todos: el que viene de los criados. No alejará a los niños de tal compañía mediante prohibiciones, que no harán sino excitar su deseo de frecuentarla, sino recurriendo a los medios que ya he mencionado.

§ 90. En el arte de la educación no hay nada que preocupe menos ni que sea más difícil de observar que lo que voy ahora a decir, esto es: que es preciso tener cuidado, desde que los niños comienzan a hablar, de que haya cerca de ellos una persona

prudente, moderada, discreta, en fin, que tenga por misión formarlos como conviene y preservarlos de todo mal, sobre todo del contagio de las malas compañías. Pienso que este empleo exige mucha moderación, medida, ternura, celo y discreción; cualidades todas difíciles de encontrar unidas en la misma persona, sobre todo entre gentes a quienes no se ofrece sino un corto salario. En cuanto al gasto, creo que no podréis hacer un mejor empleo de vuestro dinero en interés de vuestros hijos, y, por consiguiente, aun cuando os costase algo más de lo que es costumbre, no debéis lamentarlo. El que sin preocuparse del precio procura a su hijo un espíritu sano, buenos principios, el gusto de todo lo que es honrado y útil, la cortesía y la buena educación, ha hecho una adquisición mejor que el que ha cumplido su dinero en agregar un poco más de tierra a sus primeras posesiones. Economizar todo lo que podáis en bagatelas y juguetes, en señas, cintas, broches y otros gastos inútiles; pero no economizáis en una parte tan necesaria como ésta. Es un mal cálculo hacerlo rico de dinero y pobre de espíritu. Con profundo asombro he visto con frecuencia a padres que prodigan su fortuna para dar a sus hijos bellas ropas, para alojarlos y alimentarlos con lujo, para procurarles más servidores de los necesarios, y que, al mismo tiempo, debilitan su espíritu y no se preocupaban de cubrir la más vergonzosa de las debilidades, es decir, su ignorancia y sus malas inclinaciones. No puedo dejar de creer que en esto los padres

no hacen sino halagar su propia vanidad: su conducta demuestra mejor el orgullo que una verdadera preocupación del bien de sus hijos. Todos los gastos que hagáis en interés de vuestros hijos probarán la viveza de vuestro amor por ellos, aun cuando disminuyesen su herencia. Un hombre sabio y bueno no puede dejar de ser, o de parecer, grande y feliz; pero el que es loco o vicioso, no podrá pretender ni la grandeza ni la felicidad, por muchas riquezas que les dejéis en herencia. Y yo os pregunto: ¿no os gustaría más que vuestro hijo se asemejase a ciertas personas que no tienen sino una renta de quinientas libras por año, que no a algunas otras de vuestro conculmientto que tienen cinco mill?

§ 91. La consideración de los gastos no debe detener a los que están en condiciones de hacerlo. Pero la dificultad estará en encontrar a una persona capaz: porque aquellos que tienen poca edad, talentos y virtudes, no son propios para este empleo; y los mejor dotados, difícilmente se resignarán a soportar la carga. Debéis, pues, buscar lo más pronto posible y averiguar por todas partes; porque en el mundo hay gentes de todas clases. Y yo recuerdo que Montaigne dice en uno de sus *Essays* que el sabio Castalion (1) se vió obligado en Basilea, para no morir de hambre, a realizar trabajos humildes, cuando el padre de Montaigne hubiera dado mucho

(1) *SEBASTIAN CASTALION* o *CASTELLON*, nacido en el Delfinado en 1515, muerto en 1563, había traducido la *Biblia* en lengua ciceroniana. *MONTAIGNE* dice de él que murió en estado de «no haber

dinero para proporcionar a su hijo un tutor de este mérito, y Castalion mismo hubiera aceptado tal empleo en condiciones muy razonables. Esto sucedió así por falta de informaciones.

§ 92. Si encontráis dificultad en hallar un preceptor tal como lo deseáis, no os sorprendáis. Yo solamente puedo decir que no debéis economizar ni esfuerzos ni dinero por encontrarlo. Todas las cosas del mundo se adquieren a este precio; y yo me atrevo a prometeros que no os arrepentiréis jamás de lo que os haya costado un buen preceptor, si llegáis a encontrarlo. Tendréis, por el contrario, la satisfacción de pensar que, de todos los modos de gastar vuestro dinero, éste es el mejor. Pero tened buen cuidado de no dejaros guiar, en esta elección, de vuestros amigos, ni por motivos de caridad, ni por el número de recomendaciones. Si queréis cumplir con vuestro deber, no será bastante para vuestro objeto la reputación de un hombre sobrio con un buen fondo de cultura (que es lo que usualmente se exige de un preceptor). En esta elección debéis ser tan circunspectos, como lo seríais en la elección de una mujer para vuestro hijo; porque no debéis pensar en ensayarlo ni cambiarlo después: esto tendría grandes inconvenientes para vosotros, y más aun para vuestros hijos. Cuando considero todos los escri-

estado nunca harlo». (L. XXXIV.) No se encuentra en los *Essays* otra mención de *CASTALION*, y, probablemente, Locke habrá recogido su alusión de algún comentarista. (Véase el artículo *Castalion*, en el *Diccionario de Bayle*.)

pulos, todas las precauciones que he acumulado en vuestro camino, me parece que mis indicaciones tienen todo el aire de esos consejos que se da a las gentes sin esperar que puedan seguirse. Sin embargo, si consideráis cómo el empleo de preceptor, si es bien desempeñado, favorece de los hábitos corrientes, y qué lejos están de formarse idea de ello aun los que se consagran a este empleo, estaréis de acuerdo conmigo, y reconoceréis que un hombre capaz de educar y de formar el espíritu de un joven caballero no puede encontrarse en cualquier parte, y que en su elección hay que poner más cuidado del ordinario, si no queréis sufrir un fracaso.

§ 93. Costumbres sobrias e instrucción es, como ya he indicado, todo lo que se exige ordinariamente de un preceptor. Se cree que esto basta, y los padres no averiguan, generalmente, otra cosa. Pero cuando un preceptor de esta especie haya llenado la cabeza de su discípulo con todo el latín y toda la lógica que haya aprendido en la Universidad, ¿puede creerse que, por haber amueblado así el espíritu, se habrá hecho un hombre distinguido, y puede esperarse que el niño esté mejor educado, mejor preparado para la vida, mejor provisto de principios sólidos de generosidad y de virtud que lo está su joven preceptor?

Para formar como es preciso un joven caballero, es necesario que el preceptor sea un hombre bien educado; que conozca los usos; que sepa a qué diversas formas de cortesía obligan la variedad de per-

sonas, tiempos y lugares, y que haga que sus discípulos, hasta donde la edad lo requiera, las observen constantemente. Este es un arte que no se puede aprender ni enseñar en los libros. Nada puede proporcionararlo sino las buenas compañías y la observación juntamente. El sastre puede hacer sus trajes a la moda, y el maestro de baile dar gracia a sus movimientos del cuerpo; pero ni lo uno ni lo otro, aunque den buen aire, hacen un hombre bien educado. No; ni aun siquiera agregándole la ciencia, porque ésta, si no se proporciona bien, le hará más imperitante e intolerable en el trato. La educación es la que da brillo a las otras cualidades y las hace útiles para él, proporcionándole la estimación, y benevolencia de los que le rodean. Sin la buena educación, todas las demás cualidades no consiguen sino hacerle pasar por un hombre orgulloso, pedante, vano o tonto.

En un hombre mal educado, el valor pasa por brutalidad, de la que tiene todas las apariencias. El saber se convierte en pedantería; la gracia, en brutalidad; las costumbres sencillas pasan por rusticidad; el buen natural, por servilismo. En fin, no hay cualidad buena que la mala educación no rebaje y desfigure en ventaja suya. Si las virtudes y los talentos, aun cuando se les rinda el homenaje que se les debe, no bastan para asegurar a un hombre una buena acogida en el mundo y asegurarle el éxito donde llegue. Nadie se contenta con diamantes en bruto, y no los llevan así quienes quieren engalanarse. Cuando es-

tán pulimentados y montados es cuando tienen todo su brillo. Las buenas cualidades son la riqueza substancial del espíritu; pero la buena educación es la que les da relieve. Y el que pretende ser agradable debe dar tanta belleza como fuerza a sus acciones. La solidez, y aun la utilidad, no bastan; una manera graciosa y adecuada en todas las cosas es lo que presta ornamento y las hace amables. Y, en la mayor parte de los casos, la manera de hacerlas es más importante que las cosas mismas que se hacen: de ella depende, en la mayor parte de los casos, la satisfacción o la repugnancia que suscitan. Esto, que consiste, no en quitarse el sombrero con gracia, ni en hacer una reverencia, sino en una compostura adecuada y desembarazada, en el lenguaje, en las miradas, en el movimiento, en la actitud, en el continente, etc., según las personas y según las circunstancias, y solamente puede ser aprendido por el hábito y el uso. Aunque sobrepuje las facultades del niño, y no convenga atormentarle con ello, debe comenzar pronto, y estar muy instruido en ello un joven caballero, mientras está en manos del preceptor, y antes de que esté llamado a conducirse por sí mismo en el mundo. Sería entonces, en efecto, demasiado tarde para corregir ciertos hábitos malos, que dependen, a veces, de pequeñas cosas. Nuestra conducta no es lo que debe ser, en tanto que no sea natural y desembarazada en todas las cosas, adaptándose, como hacen los dedos de un músico hábil, a un orden armonioso, sin que haya

necesidad de pensar en ello ni de hacer esfuerzo alguno. Si se ve un hombre obligado en su comportamiento a observarse con inquietud por temor a cometer alguna torpeza, esta preocupación, lejos de hacerle más correcto en sus maneras, le proporcionará un aire colibido, forzado y poco gracioso.

Hay otra razón para exigir que esta parte de la educación se haga por los cuidados y bajo la dirección del preceptor, y es la de que las faltas cometidas contra la urbanidad, si son las primeras que advierten los demás, son, en cambio, las últimas de que se nos advierte: y no es que la maledicencia del mundo no las haga objeto de sus críticas; pero es siempre en ausencia del culpable, que no puede aprovecharse de estos juicios y enmendarse según estas críticas. Es, verdaderamente, un punto tan delicado de tocar, que, aun nuestros amigos, que son los que más desearían vernos corregidos de estos defectos, apenas osan hablarnos de ellos, a pesar de su amistad hacia nosotros, temiendo advertirnos que hemos cometido alguna indiscreción en materia de cortesía. Sobre otros puntos se puede con frecuencia advertir a los demás con cortesía, y no se falta ni a las buenas maneras ni a la amistad, corrigiendo a otros en estos errores; pero la misma cortesía prohíbe tocar este asunto y hacer comprender a otro que ha faltado a la urbanidad. Solamente se permite que nos hagan observaciones de esta especie a los que tienen autoridad sobre nosotros; y, además, la indicación parece dura y grosera si se

dirige a un hombre de cierta edad; y, por suave que sea, siempre será desagradable para el que haya vivido, por poco que sea, en la sociedad. Por consiguiente, es preciso que el preceptor haga de esta parte de la educación su cuidado principal, a fin de que el discípulo, mientras está bajo su cuidado, y antes de que se le escape, adquiera en todas sus acciones, y se haga natural en él, en la medida de lo posible, una gracia natural que acompañe toda su conducta. Es preciso que no tenga necesidad de consejo en este punto cuando no esté ya en disposición de recibirlo, y cuando no haya cerca de él persona que pueda dárselo. El preceptor debe ser, pues, ante todo, un hombre bien educado, y un joven caballero que no recibiera de su preceptor más que esta cuaidad, sería bastante para penetrar en el mundo con grandes ventajas. Bien pronto verá que esta sola perfección le abre más ampliamente el camino del éxito, le procura más amigos y le empuja más lejos en el mundo que todas las expresiones lógicas o todos los conocimientos positivos (1) que haya adquirido estudiando las artes liberales o aprovechando la ciencia enciclopédica de su preceptor. No es que estas cosas hayan de olvidarse; pero no debe sufrirse de ninguna manera que sean preferidas ni que excluyan a las otras.

(1) *Real Knowledge*, es decir, conocimiento de las cosas en oposición al conocimiento verbal. La palabra *real* se usa en este sentido en Alemania. (R. C. D.)

§ 94. El preceptor no debe ser solamente un hombre bien educado: es preciso que conozca el mundo, es decir, las costumbres, los gustos, las locuras, las mentiras, las faltas del siglo en que el destino le ha lanzado, y, sobre todo, del país en que vive. Es preciso que sepa hacer conocer y descubrir todo esto a su discípulo, a medida que éste se capacita para comprenderlo; que le enseñe a conocer a los hombres y sus caracteres; que descubra la careta con que disfrazan con frecuencia sus títulos y sus pretensiones; que le haga distinguir lo que está oculto en el fondo de estas apariencias; que no le ocurra, en fin, el tomar una cosa por otra, como a la mayor parte de los jóvenes sin experiencia, juzgarlas por el exterior y dejarse seducir por las apariencias y por las maneras seductoras y los halagos. Un buen preceptor enseñará a su discípulo a adivinar las intenciones de los hombres con quienes se relacione, a guardarse de sus designios, sin ser demasiado desconfiado ni demasiado crédulo; pero como los jóvenes tienen una propensión natural hacia este vicio excesivo, sobre este punto hay que enderezarle, inclinándole en el otro sentido. Que lo acostumbre, sobre todo, en lo posible, a juzgar sanamente de los hombres, según los signos que sirven mejor para descubrir su verdadero carácter, y que nos hace penetrar en su fuero interno: los hombres se muestran tal y como son en las cosas más pequeñas, sobre todo cuando no están en guardia, y cuando no están, por decirlo así, en escena. Que le haga

conocer el mundo tal como es, y que lo disponga a pensar que los hombres no son mejores ni peores, ni más discretos ni más locos de lo que son en realidad. De este modo, por grados insensibles, y sin el menor peligro, el alumno se convertirá de niño en hombre: que es lo más peligroso de franquear en el curso exterior de la vida. Este es, pues, un punto que es preciso vigilar con cuidado. Entonces es cuando conviene tender la mano al joven para ayudarle a franquear este paso. Pero, ordinariamente, el joven, arrancado de manos de su preceptor para ser lanzado sin preparación en el mundo y vivir en él bajo su propia responsabilidad, corre un peligro manifiesto de perderse pronto. No hay, en efecto, sino demasiados ejemplos de jóvenes que se dejan arrastrar a todos los excesos de la licencia, de la extravagancia y del vicio, cuando se ven libertados del yugo de una educación severa y estrecha: desorden que debe imputarse, sobre todo, a mi juicio, a la mala educación que han recibido en este punto. Habiendo crecido en la ignorancia de lo que es realmente el mundo, reconocen, cuando en él entran, que no se parece a lo que se les había dicho, y que difiere totalmente de la idea que se había formado; y, entonces, no dejarán de encontrar preceptores de un nuevo género, que no necesitarán muchos esfuerzos para persuadirles de que la disciplina bajo la cual han vivido hasta entonces y las lecciones que han recibido, no son sino vanas formalidades de la educación, cadenas buenas para niños; que la liber-

tad que conviene a los hombres consiste en precipitarse en el pleno goce de todo lo que se le había prohibido hasta entonces. Estos nuevos consejeros les muestran que el mundo está lleno de ejemplos brillantes y seductores de esta libertad, y deslumbran al joven novicio. Por consiguiente, un joven caballero que no puede dejar de querer obrar como hombre, lo mismo que los bellos pisaverdes de su edad, se deja arrastrar a todas las irregularidades de conducta de que le dan ejemplo los más viciosos, y así, para distinguirse, para ganar una buena reputación, se apresura a romper con los hábitos de modestia y de sobriedad que había de guardar hasta entonces; picana; en fin, que es un acto de bravura el señalarse, desde su entrada en el mundo, por la oposición completa de su conducta con todas las reglas de moral que su preceptor le había predicado.

Para prevenir estos desórdenes, lo mejor, a mi juicio, es mostrarle el mundo tal como es antes de que entre en él definitivamente. Informarle poco a poco de los vicios a la moda; prevenirle contra los procedimientos y los designios de los que pudieran intentar corromperle. Decirle cuáles son los artificios que emplean y los lazos que tienden; de vez en cuando, presentarle ejemplos trágicos o ridículos de personas que han arruinado a otras, y que se han arruinado a sí mismas. No es nuestro siglo uno de esos en que sean raros los ejemplos de este género. Que se le presente como otros tantos escollos, a fin de que, a la vista de las desgracias, de las enferme-

dades, de las miserias y de la vergüenza en que han caído arruinándose así tanto jóvenes que ofrecían las mejores esperanzas, se haga más prudente y sepa que, los que bajo la máscara de la amistad han caído su ruina y han contribuido a despojarlos, son los primeros en abandonarlos y en despreciarlos cuando han caído en la miseria. Así sabrá el joven, sin verse obligado a comprar esta ciencia al precio de una costosa experiencia personal, que los consejos que le estimulaban a no seguir los discretos consejos que ha recibido de su preceptor, y los consejos de su propia razón, bajo el pretexto de que esto sería, como dicen, ellos, dejarse gobernar por los demás, no aspiran a otra cosa que a llegar a gobernarlos ellos mismos. Le hacen creer que obra por sí mismo y como un hombre, por su propia voluntad y para su propio placer, cuando en realidad no es más que un niño, arrastrado a los vicios que sirven mejor a sus proyectos. Es esta una ciencia que el gobernante debe insinuar poco a poco en el espíritu de su discípulo, y hacerle oír por todos los medios, hasta que esté de ella completamente penetrado.

Yo sé que se dice con frecuencia que descubrir a un joven los vicios de la época es enseñárselos. Esto es verdad en parte, lo reconozco, y todo depende del modo de hacerlo; y, por consiguiente, requiere un hombre de condiciones discretas que conozca el mundo y pueda juzgar el temperamento, las condiciones y el lado débil de su discípulo. Hay que ob-

servar, además, que no es hoy más posible que lo era en otros tiempos, quizás, mantener a un joven en la ignorancia completa de los vicios, al menos que no queráis tenerlo encerrado toda su vida en una habitación y prohibirle toda sociedad. Mientras más tiempo le dejéis así los ojos vendados, menos capaz será de ver claro cuando sea arrojado a plena luz, y más expuesto estará a ser presa de sus propias pasiones y de las pasiones de los demás. Cuando un joven que se conserva niño a pesar de los progresos de la edad, aparece en el mundo con la gravedad de un buho que sale de su nido, es seguro que llamará sobre sí la atención de todos los estorninos de la ciudad, a los cuales se unirán algunos pájaros de presa, que infaliblemente se lanzarán sobre él.

La única defensa contra el mundo es un conocimiento perfecto de él, en el cual puede el joven caballero ser introducido por grados tan pronto como sea capaz. Mientras más pronto sea, mejor, con tal de que esté en manos de un guía hábil y seguro. Abrirle dulcemente la escena del mundo: introducirle en él paso a paso, mostrándole los peligros que le esperan entre los hombres, según su condición, su temperamento, sus designios y sus relaciones. Que se prepare a ser molestado por los unos, y acañado por otros; que sepa de antemano qué gentes estarán dispuestas a contrariarle, a engañarle, a mirarle soridamente el terreno, o, por el contrario, a servirle. Que sepa por qué medios se conocen y se distinguen sus caracteres; en qué casos debe dejarlos

ver, y en qué otros ocultarlos, para darse cuenta de sus designios y de sus artificios. Y si tiene demasiada impaciencia por ensayar sus fuerzas y su habilidad, no estará de más que, de cuando en cuando, la perturbará y el embarazo causados por alguna mala aventura, con tal que no ataque a su virtud, a su salud y a su reputación, le enseñen a ser más prudente.

En esto consiste, lo reconozco, una gran parte de la discreción, y, por consiguiente, no basta para adquirir algunas reflexiones superficiales o muchas lecturas. Es el resultado de la experiencia, de las observaciones de un hombre que ha vivido en el mundo con los ojos muy abiertos y que ha frecuentado toda clase de gentes. Por esto me parece de gran importancia infundir esta ciencia en el espíritu de los jóvenes siempre que se presente ocasión, a fin de que el día que sea lanzado a la mar libre no se vera como un marino que no tuviese a su disposición ni planos, ni brújula, ni carta marítima; es preciso que tenga de antemano alguna idea de las rocas, y de los bajos fondos de las corrientes, y de los bancos de arena, y que sepa manejar un timón sin que naufrague antes de haber aprendido todo esto por su propia experiencia. El padre que cree que esta ciencia no es la más útil de todas para su hijo, y que no tiene más necesidad de un preceptor que se la enseña, que de un profesor de lenguas y ciencias humanistas, olvida hasta qué punto es más beneficioso juzgar bien a los hombres y dirigir discretamente

sus asuntos en las relaciones que con ellos se tenga, que hablar griego y latín, y argumentar en modo y figura, y aun que tener la cabeza llena de las especulaciones abstractas de la filosofía natural (1) y de la metafísica, o, en fin, que conocer a fondo los escritores griegos y latinos, porque aquéllo conviene más a un caballero que el título de peripatético o cartesiano fiel. Los autores de estas obras han observado y descrito admirablemente las costumbres de los hombres, y sobre estas materias hay que pedir a ellos mucha luz. El viajero que visita las regiones orientales del Asia encuentra en ellas gran número de hombres civilizados e instruidos, que no poseen, sin embargo, ningún conocimiento de esa clase; pero sin la virtud, sin la ciencia del mundo, sin la urbanidad, en ninguna parte de la Tierra podrá encontrarse el hombre cabal y digno de estima.

Una gran parte de los estudios que están actualmente de moda en las escuelas de Europa y que entran ordinariamente en los programas de educación, son de tal índole, que un caballero puede, hasta cierto punto, prescindir de ellos sin un gran descrédito para sí mismo, ni perjuicio para sus asuntos. Pero la prudencia y la buena educación son necesarias en todas las épocas y circunstancias de la vida; y la mayor parte de los jóvenes se resienten de lo que les falta en este punto, y si llegan al mundo más inex-

(1) Se designaba así entonces a la física y a todas las ciencias relativas a la naturaleza.

Pertos y más inhábiles de lo conveniente, es precisamente porque estas cualidades, que son las más necesarias de todas y que reclaman más cuidados y el auxilio de un maestro, son generalmente olvidadas y pasan por inútiles, hasta el punto de que el preceptor no se preocupa de ellas, sino muy poco o nada. El latín y la ciencia, he aquí por lo que se grita, y se pone la mayor energía en el aprovechamiento de estas cosas, una gran parte de las cuales no pertenece a la misión de un caballero. Lo que le es preciso es que posea el conocimiento de los negocios, que su conducta esté de acuerdo con su rango y que obtenga en su país un lugar eminente y útil. Siempre que pueda robar a sus ocupaciones unas horas de ocio, o que, deseando perfeccionarse a sí mismo en ciertas partes de las ciencias, en las cuales su preceptor no haya podido más que iniciarle ligeramente, se consagrará a algún estudio particular, y los primeros elementos que se le haya inculcado en su juventud bastarán para abrir las vías a su actividad y conducirlle tan lejos como sus deseos reclamen o su capacidad le permita llegar. O bien, si cree poder economizar su tiempo y su esfuerzo haciéndose ayudar por un maestro, en ciertas partes difíciles de una ciencia, le será entonces permitido dirigirse a un hombre que posca esta ciencia a fondo y escoger el que le parezca más capaz para sus designios. Pero para iniciar a un joven en todos los conocimientos, tanto como sea preciso en el curso ordinario de los estudios, el preceptor no tiene ne-

cesidad más que de una instrucción ordinaria (1). No es necesario que sea un perfecto erudito, ni que posea a la perfección todas las ciencias, de las que basta que dé al joven caballero un ligero linte, median- te puntos de vista generales o en un bosquejo abreviado. El caballero que quiera ir más lejos en la ciencia, debe reservarse para hacerlo más tarde, según su propio temperamento y por su trabajo personal; porque nadie ha hecho nunca grandes progresos en un estudio, ni ha llegado a ser eminente en una ciencia, mientras ha estado bajo la tutela y dirección de su maestro.

La gran labor de un preceptor es la de moldear la conducta y formar el espíritu; establecer en su discípulo buenos hábitos, los principios de la virtud y de la sabiduría; darle poco a poco una idea del mundo; desenvolver en él la tendencia a amar y a imitar todo lo que es excelente y alabable, y, para conseguir ese objeto, hacerlo vigoroso, activo e industrial. Los estudios que le propone, no deben tener otro objeto que el de ejercitar sus facultades, ocupar su tiempo, apartándole de la pereza y la haraganería, y enseñándole a aplicarse, a hacer el esfuerzo, inspirándole, en fin, algún gusto por las cosas que debe acabar de aprender por su propio trabajo.

(1) La educación es el lado fuerte y la instrucción el lado débil del sistema de Locke; por consiguiente, concede poca importancia a la instrucción del preceptor, mientras que en las escuelas pitagóricas no se preocupan bastante del carácter y de las cualidades morales del maestro.—Nota del Dr. SCHUSTER.

¿Qué padre, en efecto, supondrá que, bajo la dirección de su preceptor, podrá un joven caballero convertirse en un crítico perfecto, un orador o un poeta; profundizar la metafísica, la filosofía natural o las matemáticas; ser un maestro en la Historia o la cronología? Es preciso enseñarle, sin duda, algo de todo esto; pero solamente, si puede decirse así, para que entreabra la puerta de la casa y arroje una mirada al interior, para que entable simplemente conocimiento con el departamento sin pensar en instalarse en él. Sería necesario hasta censurar a un preceptor que retuviese mucho tiempo y llevase demasiado lejos, en la mayor parte de estos estudios, a sus alumnos. No ocurriría ~~lo mismo contra~~ buena educación, el conocimiento del mundo, la virtud, la actividad y el amor a la reputación; nunca se ocupará demasiado de todo esto, y si el joven posee estas cualidades, no dejará de conseguir de los demás lo que desee o necesite.

Y puesto que es preciso renunciar a la esperanza de encontrar bastante tiempo y fuerza para enseñar todas las cosas, reservemos nuestros esfuerzos para los estudios más necesarios, y, sobre todo, tengamos siempre fijos los ojos sobre lo que será más útil en la vida para nuestro alumno.

Séneca se quejaba ya de que, en su tiempo, se procediese de otra manera, y, sin embargo, los Burghersdicius y los Scheiblers (1) no abundaban en

(1) Dos escritores de Lógica y Metafísica. cuyos textos estaban muy de moda en tiempos de Lockz.—(R. C. D.)

— aquellos tiempos como abundan ahora en éstos. ¿Qué hubiera pensado si hubiese vivido en nuestros días, en un tiempo en que los preceptores se imaginan que su misión es la de llenar la cabeza de sus alumnos con autores como éstos? Tendría absoluta razón al gritar: *Non vita, sed scholæ discimus* (1). («aprendemos, no a vivir, sino a disputar»), y nuestra educación nos prepara para la universidad más que para el mundo. Pero no hay que sorprenderse de que los que forman la moda la adapten a lo que saben y no a las necesidades reales del alumno. Una vez establecida la moda, ¿quién se extrañará de que prevalezca en los estudios como en todo lo demás, y que la mayor parte de aquellos que encuentran su tranquilidad en una fácil sumisión a ella, estén dispuestos a exclamar ¡berejial cuando uno se separa de ella? Es, sin embargo, motivo de asombro que hombres de calidad y talento se dejen sacrificar hasta ese punto por la costumbre y la fe implícita en ella. Si consultaran la razón, les diría que sus hijos deben emplear su tiempo en alcanzar las cualidades que les sean útiles en la vida, más bien que en atiborrarse la cabeza con todo ese baturrillo de conocimientos, gran parte de los cuales no utilizarán nunca durante el resto de su vida; al menos no tendrán necesidad de pensar en ellos, de suerte que todo lo que conserven no servirá sino para hacerles peores. Esto es tan cierto, que yo apelo a los mismos padres que no

(1) Séneca, Carta CVI.